

EN BÚSQUEDA DE CONFIGURACIONES

Margarita Isaza Velásquez
Universidad Nacional de San Martín /
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)

Si pudiéramos metaforizar la cuestión central de *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*, de Alejandro Grimson, el concepto de configuración cultural sería una especie de puerta de vaivén, y a ambos lados de ella encontraríamos cuestiones no opuestas, tal vez continuas, como identidad y cultura.

Las bisagras de esa puerta están bien aceitadas en la introducción del libro. Son los enfoques que dan sentido a la crítica constante, problematización si se quiere, de los conceptos abordados. Desde la objetividad, la subjetividad y, en otro enfoque, la intersubjetividad, se historizan la cultura y la identidad: cómo surgieron y fueron tomando forma, aisladas o relacionales, hasta llegar hoy a un cuestionamiento que, más que límites para ambos conceptos, les propone resignificaciones con nociones derivadas.

No ya cultura e identidad como valores absolutos para definir grupos poblacionales, sino configuración cultural e identificación. En sentido general, la primera noción explica que las piezas de una cultura pueden ser las mismas en uno y otro lado (en el acá o en el allá de algún tipo de frontera), pero que el proceso de andamiaje o estructuración de las piezas puede variar de modo tal que se crea una articulación especial de rasgos. Por su parte, la identificación se refiere a los sentidos de pertenencia con que los sujetos dotan prácticas y manifestaciones como la patria, la religión y la familia. Según Grimson, “un punto de partida necesario es diferenciar las categoría de pertenencia por una parte, y las tramas de prácticas y significados por la otra” (p. 139).

Bajo estas dos categorías antropológicas, configuración cultural e identificación, es posible estudiar casos etnográficos que son cada vez más complejos a causa de situaciones como las migraciones y la introducción de tecnologías. El autor no dice que esas situaciones sean nuevas para los seres humanos, pues han estado presentes en el devenir del tiempo histórico, pero sí las observa como focos de crisis en las sociedades, capaces de socavar tramas de significación establecidas por los sujetos del pasado.

Ob-, sub-, intersub-

Según el abordaje objetivista, la realidad está dispuesta en forma de sistema, donde los hechos sociales son materia definida y organizada, y el investigador es apenas un instrumento de análisis que observa cómo funciona tal realidad. Bajo este enfoque, se diseñaron propuestas para el análisis cultural que tendían a la homogeneización de los sujetos, y a su división esquemática en grupos que compartieran ciertas características. Así, los científicos sociales observaron la identidad como una cuestión subsidiaria y definida desde la cultura.

A partir de la década de 1980, este abordaje fue cuestionado hasta llegar al extremo opuesto: la subjetividad según la cual todo lo conocido es percepción, y en esto la tarea del científico es descifrar los posicionamientos de los sujetos frente a los fenómenos que viven.

Ambas posturas se volvieron banales y superficiales, hasta llegar a un círculo vicioso de negación mutua que estancó los debates.

En esa especie de negacionismo donde todos los conceptos derivaban en apocalipsis, la cultura y la identidad quedaron desprovistas de significación (o rebosadas) y cuestionadas en su correspondencia. Entonces, las miradas esencialistas procedieron a observar los fenómenos de estos conceptos, o bien en sí mismos o bien en la relación de interacción de los sujetos.

Sin embargo, los puntos medios también aparecieron en el debate. Autores como Pierre Bourdieu, Anthony Giddens y Norbert Elias intentaron superar la dualidad objetividad/subjetividad, desde posturas que aún contemplaban una relación determinable entre sujeto y estructura. Para cuestionar esto, Grimson toma en cuenta el concepto de contextualidad radical de Hall, según el cual “lo que existe son situaciones en las cuales las relaciones entre los seres humanos que hacen la historia y las condicionalidades de ‘las circunstancias que no han elegido’ varían significativamente: no lo suficiente para creer que hay situaciones de sujetos sin estructura o viceversa, pero sí lo bastante para saber que hay circunstancias que parecen ser de ese modo” (p. 35).

Aquí, entonces, se propone una intersubjetividad como enfoque epistemológico en el que la teoría puede dialogar con lo casuístico para permitirse el análisis cultural. Se trata de la interpretación antropológica, desde donde es posible extender, o no, los límites de las categorías que definen a (y son definidas por) los grupos sociales.

La intersubjetividad, así, posibilita culminar la propuesta de Raymond Williams de no separar las esferas sociales (cultura, política, economía, etc.), sino más bien observar el proceso social como “una trama donde se producen disputas cruciales sobre las desigualdades, sus legitimidades y las posibilidades de transformación” (p. 41).

Alrededor de este sentido intersubjetivo, Grimson destaca el interculturalismo como diálogo de las culturas que supera los culturalismos impuestos por relaciones de dominación basadas en las nociones instaladas de raza, género, clase y generación, entre otras.

Heterogeneidad y diversidad

En las acepciones clásicas de cultura, esta suponía la homogeneidad y la territorialidad; una forma clara de designar a los habitantes de un mismo lugar era etiquetarlos como una “cultura”. Era un modo de observar el mundo con islas culturales, donde los sujetos pertenecían a un lugar o a otro dependiendo de sus consumos y producciones intelectuales.

Si bien Grimson recoge este aspecto en el capítulo “Dialéctica del culturalismo”, la diversidad y la heterogeneidad están presentes a lo largo del libro como una forma de

problematizar las nociones de cultura establecidas en el imaginario colectivo y en el aparato teórico de la ciencia social.

Para el autor, las crisis, el presupuesto de la posmodernidad y los diversos tipos de fronteras (no solo territoriales, sino también simbólicas) hacen que los actores sociales evidencien sus heterogeneidades y participen de una diversidad cultural, lo que pone en jaque la noción de sistemas culturales y reivindica la construcción de significados en torno a las prácticas sociales.

Esa construcción de significados juega en la política cultural con los planteamientos de identidad, civilización, inclusión y progreso, entre muchos otros, pues aparece como ambigua dependiendo del agenciamiento social que se pretenda legitimar o instaurar.

Configuración cultural

Para acercarse con detalle a la propuesta de configuración cultural, el autor aborda el concepto de nación. Expresa que “es una unidad de alta complejidad porque en ella siempre se hacen presentes, de algún modo, la heterogeneidad cultural y la desigualdad social” (p. 161), y que debido a esta característica debe estudiarse desde una perspectiva experiencialista. El autor refiere otras dos perspectivas con argumentos que se invalidan en la práctica: la esencialista, que presupone la coincidencia entre nación, territorio, cultura e identidad, y Estado; y la constructivista, que afirma que la comunidad es imaginada y es el resultado de un proceso histórico complejo en el que intervienen varios actores, especialmente el Estado.

Acerca de la perspectiva experiencialista, plantea que “interviene en el debate acerca de si las naciones comparten o no aspectos culturales [...] y se pregunta por los sedimentos culturales y políticos de la historia vivida” (pp. 162-163). Esta mirada, inquisidora sobre lo que pervive y a la vez dispuesta a argumentar con hallazgos de la realidad, es la que propone la configuración como herramienta de análisis para dar cuenta de lo que se halla bajo el manto de conceptos abarcadores como el de nación.

Sin embargo, queda claro que entre la configuración nacional y la cultural el Estado es el factor diferenciador, pues en la primera es factor de jurisdicción y soberanía, y en la segunda puede ser tan legitimador de desigualdades como instaurador de inclusión.

En el abordaje propio del concepto de configuración cultural, el autor propone cuatro elementos constitutivos:

1. Son *campos de posibilidad*. Hay lugares sociales donde una práctica, una institución o una historia son o no posibles, dependiendo del espacio de experiencia que los sujetos hayan construido en su devenir.
2. Hay una *lógica de interrelación entre las partes*. La heterogeneidad implica fragmentos pero estos no se encuentran aislados sino que se relacionan entre sí bajo una lógica específica, dependiendo de la configuración.

3. Existe una *trama simbólica común*. La pugna que subyace en el espacio social supone enfrentamientos del tipo de la alteridad, pero los sujetos que parecen opuestos tienen lenguajes que les permiten entenderse y continuar su debate.

4. Lo *compartido* no como una totalidad que homogeniza es aquello que permite la existencia de los tres elementos precedentes y lo que crea significación alrededor del concepto de “configuración cultural”.

Cada configuración cultural es una sutura no clausurada en las tramas de significación que constantemente están reconstruyendo sus valores y formas de extensión. De acuerdo con el autor de *Los límites de la cultura*, es hora de dar pasos más allá de la relación binaria, ya banalizada, entre la estructura y el sujeto.

Nota

Se trata del libro *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*, de Alejandro Grimson, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, 266 p.